

ENERO

30

MARTES.

Sta. Martina, virgen
y martir.

EL AGUILA EXTREMEÑA

REVISTA DECENAL ILUSTRADA

AÑO II

3.ª ÉPOCA

DIRECTOR

D. ALBERTO J. DE THOUS

1900

PRECIO DE SUSCRIPCIÓN, 2'50 PESETAS ANUALES

Redacción y administración: Magdalena, 14, principal.—BADAJOZ.

MEJORES

NUMERO 36

I LARVA

ANIMADISIMO estaba el baile. La concurrencia numerosa y distinguida, bullía alegremente por los vastos salones iluminados à *giorno*. Los grandes espejos producían al mirarlos la ilusión de interminables salones resplandecientes de luz y llenos de animación.

La hermosa vizcondesa de X... descollaba entre todas las elegantes damas que en él se encontraban y en torno suyo, los más galantes caballeros se disputaban sus miradas, sus sonrisas. Ella acogía aquellas galanteorías con la magestad de una reina, con una distinción exquisita y una gracia encantadora; pero á veces su mirada vaga y distraída se fijaba en algo, en algo que difícilmente habría podido decir qué era, porque ni ella lo sabía; miraba fijamente sin ver nada, como sucede cuando una idea tenaz ocupa por completo la mente y preocupada con ella se pierde la noción del tiempo y de cuanto nos rodea.

Pretestando una ligera indisposición se retiró del baile, relativamente temprano. Al verse por fin en su coche, sola, libre de miradas indiscretas, desapareció de su rostro la retozona y alegre sonrisa; un profundo suspiro se escapó de su pecho, en su bello rostro se pintó el cansancio y el desaliento, y reclinándose con abandono en los blandos almohadones, se quedó largo rato pensativa.

¿En qué pensaba la Vizcondesa?... Había ido al baile con el deseo insaciable de divertirse, de encontrar emociones que hicieran latir su corazón con más fuerza; había ido con la esperanza que la llevaba

siempre á esas diversiones, y estaba en aquel momento más triste, más aburrida de todo que nunca. ¿Qué era, pues, lo que deseaba? ¿en qué fuente apagaría la sed abrasadora que la devoraba?...

Educada en medio del lujo, de las comodidades, de los placeres; viendo siempre satisfechos sus menores caprichos, nada sabía de los sinsabores y penalidades de la vida; nada sabía tampoco, ni adivinaba, de esos goces puros, tranquilos y recatados del hogar, ni de esas alegrías íntimas que el alma experimenta cuando se hace una buena obra ó se cumple con el deber. Los sentimientos de su corazón permanecieron como aletargados y ni aún sabía ella si los poseía.

Entre los muchos pretendientes que tuvo, logró fijar su atención el Vizconde de X... y con él se casó. ¿Se prendó ella de sus buenas cualidades, de su talento, de la nobleza de sus sentimientos?... era buen mozo, elegante, irreprochable, lo que se dice un joven á la moda; poseía un título nobiliario, era rico... Se casaron y sucedió lo que era de esperar. Duró el encanto de su luna de miel tanto como duró su viaje de novios.

Al instalarse en su casa reanudaron su vida habitual; vida solamente ocupada en frivolidades y pequeñeces sin objeto, sin ningún aliciente para el alma ni satisfacción alguna para el corazón.

A la intensidad de los primeros días sucedió el alejamiento; él tenía que ir al círculo, de caza, á las carreras, etc., etc. Ella no podía prescindir de sus reuniones íntimas; los bailes, el teatro, la modista, el paseo, la tertulia de la Marquesa B... ó de la Generala C... la tenían siempre ocupada; apenas se veían ni aun á las horas de comer y rara vez salían juntos.

Como su cariño solo había sido un capricho, pronto se desvaneció y en su lugar quedó la mayor indiferencia; ni aún habían tenido la dicha de que Dios bendijese su unión; de haber sido así tal vez no se habrían aflojado tanto los lazos que los unían.

Al cabo de algún tiempo, una tristeza sin nombre, una melancolía que nada lograba desvanecer se apoderó del espíritu de la Vizcondesa. Buscando distracciones que alegrasen su vida se precipitó con afán desmedido en medio de la multitud de fiestas, espectáculos y diversiones que el mundo le brindaba; pero siempre volvía á su casa triste, displicente, nerviosa; no, no era *aquello* lo que su alma buscaba; no eran aquellas diversiones, aquellas fiestas espléndidas donde era siempre obsequiada á porfía, lo que llenaría el vacío que en su corazón encontraba.

II

CRISÁLIDA.

Al entrar en el ancho vestíbulo de su morada, se cruzó con un Sacerdote que salía llevando el Santo Viático; llena de curiosidad preguntó de dónde venía el Ministro del Señor y supo que bajaba de la bohardilla en la cual agonizaba una pobre viuda, que al morir dejaría en la más triste orfandad á una niña de tres años.

Impulsada por la curiosidad subió hasta la vivienda de la moribunda, y, allí, en la puerta, se quedó clavada, muda de sorpresa, paseando sus atónitas miradas en torno suyo.

Aquel cuadro era nuevo para ella; nunca había visto la miseria cara á cara como entonces; un tropel de ideas acudió tumultuosamente á su pensamiento y al ver á la pobre enferma, acostada en un mal camastro, sin lumbre, sin abrigo, sin luz apenas; asistida por una caritativa vecina, se sobrecoigió; la respiración pareció faltarle por algunos segundos y se apoyó vacilante en el quicio de la desvencijada puerta fijando sus ojos en las desnudas y ennegrecidas paredes y haciéndose cargo en un momento de aquella miseria y aquel abandono que formaba tan notable contraste con el lujo, las comodidades y el bienestar que ella siempre había conocido.

III

MARIPOSA.

Hallábase la Vizcondesa en su elegante y coquetón gabinete sentada en una butaca, con una niña dormida sobre sus rodillas.

La luz azulada de una lámpara suspendida del techo derramaba suaves rayos sobre ella. Estaba inmóvil, silenciosa, con la vis-

ta fija en el rostro pálido, orlado de dorados ricitos del angelito que dormía tranquila y descuidadamente en su regazo.

¡Pobrecita!... dormía con la sonrisa en los labios y arriba, en la miserable bohardilla yacía su madre muerta! ¡era huérfana!... pronto empezaban para ella las amarguras de la vida.

La Vizcondesa estaba conmovida; sentía en lo íntimo de su ser una sensación inexplicable que hacía latir violentamente su corazón. Desde que había subido á la bohardilla, nuevas y tiernas emociones se sucedían en su pecho. La niña hizo un movimiento; una sonrisa celestial entreabrió sus labios, de donde se escapaban algunos sonidos incoherentes; soñaba sin duda.

De aquella conversación que sostenía indudablemente con sus hermanos los ángeles, percibió la Vizcondesa distintamente esta palabra: ¡madre!...

Una oleada de sangre le subió del corazón al rostro; todo su ser experimentó una fuerte sacudida y una sensación hasta entonces para ella desconocida. El corazón latía con una fuerza inusitada cual si fuese á saltársele del pecho, diríase que en él se habían abierto de par en par las válvulas del sentimiento hasta entonces cerradas y que el raudal de caridad, de amor que en él se albergaba desbordábase de él invadiendo todo su ser, inundando su alma de alegría, esperanza y dulcedumbre infinita.

En un irresistible arranque de pasión, de ternura y sentimiento acercó su rostro, radiante de expresión, á la carita de la niña y al mismo tiempo que la cubría de amorosos besos decía con dulce y conmovido acento: ¡su madre!... Sí, yo seré su madre; la querré, la educaré; velaré por ella y ella será mi consuelo, la alegría de mi vida, el objeto de mi existencia... ¡pobrecita!... ¡no llores, no, angel mío! yo te querré mucho, mucho.

Un angel resplandeciente de hermosura cobijó bajo sus niveas alas aquel interesante grupo y allá, en el cielo, entre cánticos de inefable gozo y melodías dulcísimas, la madre de la niña bendecía, llena de inmensa gratitud, á la noble señora.

C. DYG.



EN FAVOR DE NUESTROS SUBSCRIPTORES. — Para toda clase de asuntos, encargos y gestiones dirigirse al Administrador de EL AGUILA EXTREMEÑA. Badajoz.

DE ARTE MÉTRICA.

A M A R G U R A S .

CREÍ que no debía, y no lo hice;
Luché conmigo mismo y me vencí;
Como paga á mi hercúleo egoísmo,
Solo infamias y olvido recogí.
No me pesa del mal que hacer no quise,
ni del bien á que siempre me rendí;
Solo lloro el olvido inmerecido
Que en pago á mi conducta recibí.
Al Dios de los altares hoy acudo.
Que nos juzgue á los dos, y, si halla en mí
La sombra de ese mal, de que me culpas,
Que me aparte de Sí.

De visita una tarde me dijeron...
¡Qué cosas, santo Dios!
Desde entonces mis ojos se nublaron
Y mi oscuro cabello encaneció.

—¡Que cantes!—me dijeron cierto día,
En que asistí obligado á un festival.—
Mis labios entreabrí... lancé un gemido,
¡Y comencé á llorar!

Esta es la vida: llanto y pesadumbre,
Congojas en revuelta confusión

Poner remedio á los pasados males
Con otro mal mayor,
Navegar en un mar lleno de escollos,
Y en todos ir chocando sin cesar,
Ser juguete de un piélago de ideas,
Que vienen y que van;
En el seno agitarse de la duda,
Tras lo ignoto y velado discurrir,
Empezar por amar y ser amado,
Y aborrecerse al fin;
Ser piedra que se arroja en el vacío,
Y gira en el vacío sin caer,
El vértigo sentir ante una sima.
Abierta á nuestros pies.
Tal es la vida: llanto y pesadumbre,
Congojas en revuelta confusión...
¡Sólo la puede soportar sereno
Aquel que piensa en Dios!

Dices que no es posible que haya infierno,
Y que nadie al demonio ver logró:
Mientes, mientes; á tí te han visto muchos
Como te he visto yo.

DIEGO B. REGIDOR.

EL CAPITAN DEL SIGLO

AL verse el héroe en el sublime solio,
Y en torno suyo reyes;
Al mirar á sus pies el Capitolio,
El Danubio y el Rhin, y el gran murmullo
Oír de cien naciones:
«Omnipotente soy,» dijo en su orgullo.

Dios le oyó, le miró, retembló el cielo...
Y hoy, cuando negra noche
Envuelve en su gran sombra el mustio suelo,
En el desierto mar luna serena
Baña con rayo frío,
Un humilde sepulcro en Santa Elena.

† ANTONIO APARISI GUIJARRO.

De palpitante actualidad.

1. ¿En qué siglo vivimos?—2. Primer aspecto de la cuestión.—3. Segundo aspecto.—4. Razones de la primera opinión.—5. Son útiles.—6. Aritmética parda.—7. Habla Aragón.—8. Más sobre lo mismo.

HEMOS entrado ya en el año 1900, y todavía no queda averiguado si estamos en el siglo XIX ó en el XX. Esta cuestión no es solamente de ahora; en iguales condiciones se ha planteado en todos los fines y comienzos de los demás siglos.

El problema puede tener dos aspectos:

1.º Atendido el año en que comenzó la Era cristiana, ¿estamos hoy en el siglo XIX en el siglo XX.

Considerada la cuestión desde este punto de vista, parece que, según los cálculos más concienzudos de la crítica, no cabe duda de que nos hallamos ya hace algunos años en el siglo XX. Porque los mil ochocientos noventa y nueve años que hemos contado, resultan del supuesto establecido por el célebre Dionisio, el Exiguo, de que la Era cristiana comenzó en el año 754 de la fundación de Roma. Mas como está casi comprobada la falsedad de esta suposición, siendo ya cosa admitida entre los críticos que la verdadera fecha del Nacimiento de Nuestro Señor no fué en el año 753, sino en uno de los años 747, 748 ó 749 de la Era romana,

resulta que de hecho estamos ya en el año 1906 si dicho año fué el de 747; en 1905, si fué el 748; en 1904, si fué el 749; es decir, que el siglo XIX acabó ya el 31 de Diciembre de 1896 por lo menos, y cuando más, en el 11 de Diciembre de 1894.

Pero el verdadero sentido en que se plantea hoy el problema no es éste, sino el segundo, á saber:

Sea cual fuere el verdadero año en que comenzó la Era cristiana, y partiendo sólo del supuesto de que estamos en el año 1900, ¿hemos de considerarnos ya en el siglo XX, ó más bien en el XIX? O sea, el año centenario, pertenece al siglo anterior ó es principio del siguiente?

El 1800 disputaron reñidamente sobre esta cuestión los célebres Schiller, Coethe y Victor Hugo; éste sostenía que 1800 pertenecía al siglo XVIII, y los otros dos que al XIX.

El Emperador de Alemania ha mandado solemnizar el 31 de Diciembre último como primer año del siglo XX, á imitación de Carlo-Magno, que hizo otro tanto en el año 800.

Algunos apoyan esta opinión diciendo que la Era cristiana debe arrancar del Nacimiento, no de la Circuncisión del Señor, y como aquél acaeció en 25 de Diciembre, el 1.º de Enero que siguió al nacimiento debió ser del año 2.

Otros alegan la razón de que el siglo tiene cien años, y el número centesimo es término de su propia centena, pero que ya desde el principio se dió en considerar vulgarmente el año centesimo como perteneciente al siguiente siglo, y así, debe considerarse al año 1900 como principio del siglo XX.

No faltan quienes alegan como favorable á esta opinión la autoridad de Bonifacio VIII y de León XIII, que fijaron en 1300 y 1900, respectivamente, el año del Jubileo, que debía celebrarse cada cien años.

Y por fin, el profesor de Metafísica de la Universidad de Sevilla, D. Federico de Castro, aduce en favor de esta opinión el especioso argumento de que «el número 10 no pertenece á la primera decena, sino á la segunda», y por tanto, «el número 100 tampoco pertenece á la primera centuria, sino á la segunda».

Por mucho que hemos buscado y leído no hemos podido hallar más razones que éstas para probar que el año 1899 debe contarse como fin del siglo XIX, y todas éstas nos parecen demasiadas flacas.

Contra la opinión de Schiller y Goethe, está la opinión de Aragó. Flammarión y otras mil celebridades científicas de primer orden.

El edicto del Emperador de Alemania es un abuso de autoridad. Más poderoso que Guillermo fué nuestro Felipe II, y nunca

se atrevió á considerar al tiempo como súbdito suyo, sino á lo más como aliado.—El tiempo y yo, contra otros dos—decía el gran Monarca.

El año del Jubileo tampoco fué nunca ley que coincidiera con el principio de siglo sino más bien con el año centenario; pues tuvo su origen en el Jubileo de los judíos que según los libros santos debía celebrarse al año *quincuagesimo* y, por consiguiente, coincidía con los años centenares. Ni León XIII dice en su Bula del Jubileo nada que favorezca dicha opinión, sino más bien lo contrario. Y el *Osservatore Romano* ha publicado un sueltucillo oficioso rectificando esa especie que habían hecho correr varios periódicos, calificándola de impropia de los hombres de ciencia.

Además, respondiendo á la *Comisión Internacional del Homenaje fin de siglo* que pidió á Su Santidad se permitiese celebrar una Misa en la media noche del 31 de Diciembre de 1900 como saludo al nuevo siglo, dijo que no solamente eso, sino que concedía también se pudiese celebrar otra para saludar el *Año Santo* del Jubileo en 31 de Diciembre de 1899.

Tampoco vale el pretender que comenzó la Era cristiana el 25 de Diciembre y no el 1.º de Enero, pues esta razón, á lo más probaría que el siglo XX ha de comenzar el 26 de Diciembre de 1900.

Y que desde el principio se haya estilado el atribuir el año centesimo al siglo siguiente, no lo veo confirmado en ninguna parte, antes por el contrario los diversos autores antiguos y modernos que he consultado especialmente analistas, no ponen punto final en las diversas centurias sino hasta terminar el año centesimo.

El argumento del profesor de Sevilla me parece tan absurdo, como el decir que el núm. 12, por ejemplo, no forma parte de la docena, ó que 10=9.

Lo que todo el mundo entiende es que un siglo tiene cien años, y dos siglos doscientos años, y diecinueve siglos mil novecientos años; y que no comienza el siglo II ni el III, ni el XX hasta haberse terminado el I, el II y el XIX respectivo. Luego el siglo XX no comienza hasta terminados los 1900 años ó sea hasta después de la media noche del 31 de Diciembre de 1900.

Mas para que no parezca que envilecemos la cuestión resolviéndola tan prosaicamente, vamos á sintetizar aquí, en gracia de varios subscriptores que han explorado nuestra humilde opinión sobre ello, lo que sobre este tema escribió tantos años há el célebre Aragó, secretario de la Academia de Ciencias de París:

«Se suscita frecuentemente una dificultad entre las gentes de mundo para saber si á la fecha de 20 de Marzo de 1800, por ejem-

plo, se está en el siglo XVIII ó en el siglo XIX. La cuestión bien examinada se reduce á esto:

«El año que figura en una fecha, ¿es el año corriente ó el año pasado? Cuando se escribe 28 de Marzo de 1800, ¿es preciso entender que se ha llegado al 28 de Marzo del año de 1800 no *cumplido todavía*, ó bien que desde el origen de nuestra Era han pasado ya 1800 años enteros, aumentados con el mes de Enero, de Febrero y veintiocho días del mes de Marzo del año 1801?»

»Para resolver la cuestión, preciso es examinar cómo se ha contado el origen de nuestra Era; es decir, en el año del Nacimiento de Jesucristo. Es constante que este año ha sido contado *año desde su principio*, de modo que escribiendo al 28 de Marzo, se entendía el 28 de Marzo del año uno que *acababa de comenzar*, y no un año cumplido, mas el mes de Enero, el mes de Febrero y veintiocho días del mes de Marzo del año dos. Resulta de aquí con toda evidencia que todo el día entero del 31 de Diciembre de 1800 pertenecía al siglo XVIII, y en el XIX ha comenzado únicamente el 1.º de Enero de 1801. Esta fecha debe, en efecto, traducirse así: el primer día del año 1801 que empieza, y no 1801, un año, mas un día del año 1802.»

No necesitamos añadir ni una palabra á la lucida demostración de Aragó, que es concluyente, por lo menos para el cálculo de los años posteriores al día en que comienza una Era cualquiera.

Alguna mayor dificultad hay con respecto á los años anteriores á este mismo día. Dejemos también sobre esto la palabra al mismo Aragó:

«Los cronologistas y los astrónomos no numeran del mismo modo y manera los años anteriores al del Nacimiento de Jesucristo. Los primeros llaman *un año antes de Jesucristo* al año que precedió inmediatamente al primero de nuestra Era. Los astrónomos lo califican de año *cero*.

»El año 2 antes de Jesucristo de los cro-

nologistas no es sino el año 1 de los astrónomos, y así sucesivamente, con una diferencia siempre igual á la unidad.

»¿Quién hace mal? ¿Quién tiene razón en este modo de contar? No será difícil, creo, probar que la denominación de los astrónomos es la única conforme á la regla de buen sentido de la lógica y de la Aritmética.

»Podría demostrar, si necesario fuese, que una cantidad de valores positivos y de valores negativos no entra regularmente en el cálculo, sino á condición de convertirse en *cero*, pasando de uno de sus estados á otro; empero un ejemplo bastará para hacer resaltar las ventajas del método astronómico.

»¿Cuánto hay desde el 20 de Marzo que siguió al 20 de Marzo que ha precedido en el momento del Nacimiento de Jesucristo? Un año, ni más ni menos.

»Según los cronologistas, las fechas serían 20 de Marzo, 1 *después de Jesucristo*, y 20 de Marzo, 1 *antes de Jesucristo*. Sumando los números indicadores del año, después hallaríamos dos años para el intervalo de dos épocas, mientras que, realmente, no es más que de un año.

»Las mismas fechas, según los astrónomos, hubieran sido: 20 de Marzo, 1 después de Jesucristo; 20 de Marzo, 0 antes de Jesucristo. Esta vez la suma de las dos fechas daría un año conforme á la verdad.

»La fecha de la muerte de Jesucristo es Marzo, 33 de nuestra Era; la fecha de la muerte de César, según el modo de contar de los cronologistas, es Marzo 44, antes de nuestra Era; 44 y 33 años hacen 77 años. Tal parecería ser el intervalo comprendido entre estos dos acontecimientos. Sin embargo, ese intervalo no es sino de 76, como puede convencerse cualquiera refiriéndose á la Era de la fundación de Roma.

»Los astrónomos no se hubieran equivocado, porque, según ellos, el año de la muerte de César es Marzo 43, antes de Jesucristo. Luego 43 y 33 hacen 76.»

DE TODO EL MUNDO.

—**Agradecemos la atención.**— El día 20 de los corrientes tuvimos el gusto de recibir en esta casa la honrosa visita del Sr. Gobernador civil D. Federico Belmonte.

Proceso monstruo.—Dentro de poco los Tribunales italianos juzgarán una causa que es sin duda la más notable de los tiempos modernos, por su índole y por el número de los acusados.

Nos referimos al proceso de los bandidos sardos, en el cual están procesados 400 personas, y han de declarar 1.900 testigos.

El expediente se compone de más de 200 volúmenes.

Lo verdaderamente notable de esta causa, que dejará memoria en los anales judiciales italianos, y que, sin duda, en Europa no tiene igual, es la calidad de los procesa-

dos. Figuran como tales, alcaldes, concejales, maestros de escuela, propietarios territoriales, muchas mujeres, algunas de ellas de clase distinguida, y otras personas significadas.

Las acusaciones contra ellos formuladas son por numerosos asesinatos, por complicidad en estos crímenes, por muertes cometidas por orden de otro, etc.

—**Recomendación**—La hacemos con verdadero interés del número 6 del periódico madrileño *Los Prisioneros*. El querido colega, en dicho número mencionado, trae importantes noticias de nuestros hermanos cautivos en Filipinas, los nombres de los libertados por Enillio Aguinaldo y una amplia relación de las gestiones que en pro de los españoles prisioneros se vienen haciendo.

Redacción del colega: Miguel Servet, 11, Madrid.

Comisión.—Ha regresado á esta ciudad la Comisión que del seno del Cabildo Catedral fué á Madrid á gestionar la continuación del Excmo. Sr. D. Ramón Torrijos al frente de esta diócesis.

Tan grande ha sido el peso de las gestiones é influencias del pueblo pacense, que debido á ellas, se ha recabado de los poderes públicos y de la Nunciatura la promesa del cumplimiento de nuestros deseos.

El Prelado visitó á las Corporaciones de la capital que

por su continuación en Badajoz se interesaron, para expresarles el testimonio de su reconocimiento. Sea enhorabuena.

Matrimonio.—Lo contrajo dias pasados con la agraciada Srta. Leocadia López Pinna nuestro querido y particular amigo el chispeante escritor D. Ignacio Santos, Oficial del Cuerpo de Correos y Director de *El Liberal Extremeño*.

Lo celebramos de verdad y siga la racha de periodistas que se casan: decimos nosotros, simulando la frase del *Nuevo Diario*.

LOS MUNDOS HABITADOS.

II

«El texto de Moisés—dice la ciencia moderna—hace de la tierra el centro de toda la creación; y el dogma católico la considera como el teatro donde tienen lugar los altos designios divinos. En ella se verificó la encarnación de Dios; los piés divinos la pisaron y fué regada con la sangre reparadora. Todo el misterio de la redención se desarrolla en la tierra, y solo para ella. Según la doctrina católica, en ella sola se muestra vida é inteligencia; allí es, únicamente, donde Dios ha puesto seres libres é inteligentes capaces de hacer subir hasta el himno universal que canta la creación. Ahora bien: ¿es razonable limitar á este lugar las manifestaciones de la gloria divina? ¿Acaso los astros no parecen hechos expresamente para que en ellos habiten seres vivientes? ¿No es más digno de la idea que debemos tener del Creador, pensar que en todas partes existen seres capaces de conocerle y publicar su gloria, y no suponer que el universo está despojado de seres vivientes, reducido á espantosa soledad, no encontrando más que los desiertos del espacio y las aterradoras masas de materia inanimada? ¿Por qué este planeta, que ante la inmensidad de los cielos, es como una gota de agua en el Océano y como un átomo junto al sol, ha de ser el único en la creación honrado con la presencia de la vida? ¿Cómo admitir que Dios ha reunido en este imperceptible rincón del universo los únicos testimonios inteligentes de su poder y su sabiduría? ¡No, no! Que lo sepa el cristianismo; la ciencia moderna no admitirá jamás esta hipótesis de la teología cristiana. No renunciará á sus conquistas. Le es necesario ver y descubrir si el cristianismo quiere romper con la ciencia y volver á las tinieblas, ó caminar con ella por los senderos luminosos que abre á cada paso á través de los espacios.

A primera vista parece que esta objeción nos pulveriza. Pero nada menos cierto. Yo podría, con una sola palabra, dar plena satisfacción á todos los sabios que, de esta objeción de la ciencia, hacen una razón concluyente contra el cristianismo. Podría

decirles: Quereis descubrir habitantes en la luna; quereis encontrar en las estrellas y en el sol hermanos vuestros con inteligencia y libertad, y, como dicen los sabios que defienden la visión intuitiva de todos los mundos, quereis encontrar á través de los espacios sociedades astronómicas. Sea. Si no teneis más razones para romper con nosotros, nada se opondrá á que os tendamos las manos y nos deis la vuestra. Poned en el mundo sideral tantas poblaciones cuantas gustéis, bajo tal forma y en tal grado de adelantos materiales y morales como querais imaginar; el dogma católico es, respecto á esto, tan tolerante, que os vais á maravillar y á satisfacer; solo se os pide que no incluyais á estas generaciones siderales entre la posteridad de Adán ni de Cristo. Por lo demás, libertad completa en el sueño astronómico. En esta grandiosa hipótesis, bajo el punto de vista de una rigurosa demostración hay mucho que decir y deja mucho que desear. Para demostrar que el sol, la luna, las estrellas, como nuestro planeta, tienen vida é inteligencia, teneis que buscar un axioma, un principio, un punto de partida de donde pueda salir una conclusión evidente.

Suponed que Dios quiere hacer de un átomo el centro de la creación; ¿quién entre vosotros se atrevería á ponerse enfrente de la sabiduría divina? Además, ¿qué hay de absolutamente absurdo en suponer que Dios ha concedido á la tierra, á pesar de su poca importancia material, un privilegio exclusivo en la creación? Concediendo que Dios ha escogido la tierra para poner en ella su planta y desarrollar en ella todo el misterio de la encarnación y la redención, ¿quién no vé que la tierra desde este momento adquiere en la universalidad de las cosas una dignidad que la agiganta mil veces más que el privilegio del tamaño y la extensión, y que una gota de sangre divina la hace más grande que todos los mundos juntos?

Pero, en fin, ¿se quiere, en absoluto, que los planetas, el sol, las estrellas, tengan sus habitantes, capaces, como nosotros, de co-

nocer, amar y glorificar el Creador? Me atrevo á declarar que esto no repugna al dogma; no afirma ni niega nada sobre esta libre hipótesis. El cristianismo mira á la tierra como morada de la humanidad; de la humanidad descendiente de Adán y rescatada por Cristo. Al lado de esta gran economía del cristianismo que atañe á la humanidad adámica, ¿se puede admitir la existencia en los globos celestes, de naturalezas inteligentes que tengan con las nuestra algunas analogías? José de Maistre, en quien la austera ortodoxia no es un misterio para nadie, se inclinaba á creerlo; grandes pensadores católicos han opinado como él; y poco importa que os diga lo que yo pienso, expresándoos mis preferencias personales sobre este punto. Pero, por lo que respecta al dogma católico, del que esta palabra quiere ser siempre intérprete fiel, no muestra embarazo alguno; no temo deciros que encuentra un nuevo recurso para responder á los que le preguntan, y un arma más para defenderse contra sus propios ataques.

Hay una cosa que es para muchas inteligencias piedra de escándalo y una arma de

la que se sirven para atacarnos mejor es el número relativamente corto de elegidos y justos que alcanzan su fin. ¿Cómo Dios, que es la bondad misma, ha podido crear la humanidad teniendo delante de sus ojos, para quien no hay presente ni futuro, la caída de la mayoría, sino de la Universidad? Señores, no discuto por el momento el valor intrínseco de esta dificultad; pero ante la hipótesis posible de la pluralidad y de la habitación de los mundos; ante las inconmensurables perspectivas que abre ante nosotros, yo me pregunto: ¿á qué viene este escándalo respecto al pequeño número de elegidos y al mayor de damnificados? Si, como se pretende, todos los mundos tienen una población de seres inteligentes proporcionada á su importancia material, y si, como nos está permitido suponer, todos estos seres permanecen fieles á la ley de la vida, deben esperar el fin de su existencia; y ¿qué defeción sufre entonces la humanidad culpable en el plan general de la Providencia, si esto no es más que un desacuerdo apenas perceptible en el concierto universal?

FÉLIX.

RECORRIDOS.

¿SE CUMPLIRÁ?—El Sr. Alcalde de Badajoz ha publicado un bando.

¡Qué bando el del Sr. Alcalde!

¡Superior! ¡Mu bueno!

Viene poco menos que á prohibir las máscaras y demás excesos que el *Carnaval* trae consigo. Y, repito, ¡mu bien!

Pero hay malas lenguas que aseguran que el bando será letra muerta...

Cuidao con las malas lenguas:

Debieran cortarlas.

Y de raiz.

—PERDER EL TIEMPO.—D. Cruz Ochoa, Presbítero, senador del reino, aquel senador *obscurantista*, *beato* y ferocemente *inquisitorial* de que hablé á Vds. allá por Junio del año anterior, está perdiendo el tiempo en el senado. Y pierde el tiempo por pedir la luna...

Pide... ¿qué pide?

¡*Pus na!* Leyes en pró de la Religión, del fuero eclesiástico, de la moral, del reemplazo del ejército, del...

¡Sí, sí! Vayan Vds. con enmiendas al Gobierno; de eso es lo que tiene falta, de *enmiendas* y... justicia, pero no por mi casa, dirá él.

Y la Religión, el fuero eclesiástico, la moral, el reemplazo del ejército y todas esas *zarandajas* que se fastidien.

¡Qué *tonto* es D. Cruz Ochoa!

—UN RECORRIDO POR *El Liberal*:

«*Que se aclare*.—Rogamos á nuestro colega EL AGUILA EXTREMEÑA que nos dispense el favor de aclarar el último párrafo «Cuenca-Badajoz» de su último número, donde protesta «contra los que sin noción del respeto y veneración que la Autoridad Eclesiástica merece, menoscaban é injurian, empleando pulidas frases, un nombre augusto y sagrado, digno de consideración y estima por lo que es y por lo que representa.»

Le dirigimos este ruego por si acaso pudiera aludirnos, para en ese caso hablar claro y alto y decir á EL AGUILA lo que nos sugiere estas líneas.

Conque colega, ¿á qué por nosotros? Porque si es así se hace preciso que de frente y sin eufemismos ataque á quien aluda, precisamente por tratarse del hombre respetable que hemos tenido que manejar en escritos nuestros y que seguiremos manejando siempre con el mismo respeto en otros trabajos que tenemos preparados.»

Procupadillo trae á *El Liberal* la alusión que hacíamos en el artículo de referencia; y esa actitud del colega y esa intranquilidad, nos obligan á colocarle en el siguiente dilema:

¿Ha dado motivos para merecer dicha alusión, sí ó nó?

Si diere motivos, bien empleada tiene nuestra protesta. Y si no los ha dado, como afirma, y nosotros creemos, ¿á qué vienen esas preguntas de fiscal?

Sepa, por lo demás, que EL AGUILA EXTREMEÑA tiene conciencia de sus actos y de las palabras que pronuncia; que el artículo escrito, ESCRITO ESTÁ; advirtiéndole, para su tranquilidad absoluta, que no es *El Liberal*, á quien dirigíamos nuestras censuras.

—SUMA Y SIGUE.—No hemos tenido el gusto de recibir *El Liberal Extremeño* del día 20.

¡*Coincidencias!* ¿Será tal vez porque nos aludía en el suelto mencionado...? No lo creemos de la franqueza y sinceridad del colega...

Pero es el caso que así ha sucedido, y gracias á un amigo íntimo pudimos enterarnos de lo que nos decía.

Sentimos el vernos privados de la visita del colega.

Y sentimos que, á pesar del respeto y veneración que dice inspirarle el nombre augusto de nuestro Prelado, no haya mostrado interés alguno por su continuación en el gobierno de la diócesis.

Como que solo tomó la noticia del *Diario*. Y sin comentarios.

Sin mostrar su disgusto por la cacareada traslación de S. E. I.

La cual traslación vino á ser el *mons parturiunt et mactetur ridiculus mus*, de que nos habla Horacio.

¿Verdad, amigo *Liberal*?

POSTRE VARIADO.

EN EL BAILE.

APUNTES DEL NATURAL

II

Las notas diabólicas de un vals voluptuoso, se dejaban sentir por aquel endemoniado recinto, donde multitud de adoradores de ambos sexos giraban en revuelto torbellino, y donde las risas de pintados labios simulaban alaridos de condenados.

Los faldones de los fracs, enganchábanse con los imperdibles y pulseras de escotados vestidos, dando lugar á risitas picarescas y á que las manos se tocaran con demasiada complacencia. Después el «V. dispense» á continuación «he pisado á V.» y luego, luego... *dominó*.

Terminado el vals, ó rigodón, que para el caso es lo mismo, comenzó el análisis crítico de la *ligera* indumentaria femenina. En un corro que al parecer pertenecía á la aristocracia, se cuchicheaba con ironía burlesca de Luz, Placidita, la de Ternezas, y éstas á su vez, se escandalizaban de los escotes deshonestos de las *elegantes*, si así puede llamarse á vestidos de 30 pesetas y brillantes de dos reales docena, no faltando, según doña Condescendencia, quien llevaba sujeto el cinturón con una hebilla de zapato de sacerdote, haciendo oficio de deslumbrador imperdible.

Desde luego notábase, en los intervalos de baile á baile, la división en dos grupos de *concurrencia*; uno formado por la *highlife* (un poco deteriorada) pero démosle el gusto de aparecer como tal, que así será más digno de censura las frases murmuradoras con que *obsesquian* al grupo medio.

—Mire V.—decía la de Aguilarara á una señora que se sentaba á su lado—que se necesitan ganas de componerse para pasar la noche sentada como sucede á todas aquéllas chicas que aún no se han estrenado. No sé á qué vienen al baile.

—Y cuidado que están *cursis*—decía la de Verdellón—parece que las han vestido «sus enemigos». Yo, la verdad, he tenido que hacer un sacrificio para traer á mi hija *decentemente*, pero no me pesa, porque veo se divierte y es obsequiada por los *pollos*.

Vayan ustedes atando cabos; llama traer *decentemente* á la hija, poniendo al descubierto sus *gracias ó defectos* é induciendo al pecado al hombre que estrecha su cintura; llama *decencia*, el acto de escuchar con verdadero placer las frases deslizadas en sus oídos por atrevidas lenguas, despertando en su alma, acaso hasta entonces pura, pasiones borrascosas y desconocidas: llama *decencia*, el momento en que el sudor riega su cara, arrastrando en pos de sí polvos y coloretos y dejando que se descubra una fealdad, «que ni ganada por oposición»; llama *decencia*, el llevar un vestido regular, que para cobrarle costará al dependiente del comercio un par de zapatos; llama *decencia*... en fin, señora mía, ¿sabe V. lo que es todo ésto? Es *marranería*, *deshonestidad* y *asesinato* de almas.

Y vamos ahora á convencer á la otra, que como condópiéndose afirmaba: «que no sabía á qué venían al baile aquellas *remendadas*». ¡A qué han de venir! ¡á ofender á

Dios como tú y tus hijas!... ¡á rasgar el velo del pudor!... á pisotear la moral!... ¡á hermanarse, por el hábito, eternamente con el pecado!... á... que se rían de ellas! Y esto, vosotras, las *escogidas*, que de vuestras hijas, ya se reirán y con fundamento, esos *pollos* que tan deferentes con ellas se muestran. Y también van al baile, á criticar, á murmurar, á despellejar á todo bicho viviente que pertenece á vuestra clase, en una palabra, en el baile hacen todo menos *divertirse*. Pecan también como si bailaran, porque su intención es así, pero como no hay nadie que ayude á llevar á la práctica su pecado, ofenden con el pensamiento y con su presencia indecorosa; les ocurre lo mismo que al bandido que, apostado en la angostura del camino, espera el paso del caminante para robar y asesinar, pero sucede que como nadie pasa, tiene que marcharse, no por arrepentimiento, sino disgustado porque no le han dado ocasión para realizar su criminal deseo.

Por esto, á la hora del descanso, decía Placidita:

—Mamá, vámonos, que esto de estarse sin bailar toda la noche es muy aburrido.

—Mujer, aguárdate á que concluya—dijo Luz—¿qué más nos dá?

Y tenía razón; ¿qué más les daba pecar por mucho que por poco? Si se marchaban, no era porque al bajar la cabeza se escandalizaran de la desnudez de su pecho, ni porque sintieran en la espalda el roce del diván; se iban, lo mismo que el bandido, no por arrepentimiento, sino porque nadie *pasó* por su lado para ofender á Dios más prácticamente.

La de Ternezas, que con su vestido *flamante* había bailado como una peonza y le había hablado muy *dulcemente* un oficialito, era la que hacía coro con Luz, para quedarse; y ésta lo hacía también, á ver si llegaba el hermano de Placidita para que le *comprometiera* algún baile; pero el muchacho tuvo á bien marcharse á la *Lira* y Luz, solo abandonó su asiento para, mientras los demás cenaban, marcharse ella con una porción de amigas al tocador á llenarse de polvos la cara y *demás*, ya que no podían llenarse el estómago de lengua á la escarriata.

Pasaremos en silencio el *cotillón*, porque lo más saliente de él fué que, «no tuvo nada de particular».

Y llegamos al desfile; entonces es de ver la solicitud de las mamás para cuidar el cuerpo de sus hijas.

—Niña, ponte la toquilla por la frente; tápate la boca; abrígate, que estás sudando; levanta el cuello de la talma.

Y al llegar á casa:

—¿Traes frío hija? Anda, anda á la camita.

Y cuidan y arropan su cuerpo, después de haber tenido su alma expuesta á la intemperie de la tentación; pero no por esto ocurreseles preguntar:

—¿Qué tal traes el alma?

PANCHITO.

(Concluirá).

Sr. Director de Lu e
Bachemadur.